

# **Rachel Kushner**

## **Télex desde Cuba**

Traducción de Gabriela Bustelo

Libros del Asteroide 

Primera edición, 2011  
Título original: *Telex From Cuba*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2008 by Rachel Kushner

© de la traducción, Gabriela Bustelo, 2011

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: *Havana Cuba: Tea Dancing at the Havana Yacht Club.*

© Bettmann / Corbis

Fotografía de la autora: © Jason E. Smith

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-92663-39-2

Depósito legal: B. 11.033-2011

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

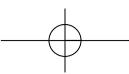
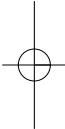
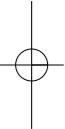
Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

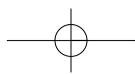
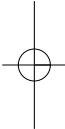
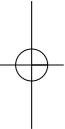
## Índice

Prólogo	I 3
Primera parte	I 7
Segunda parte	I 39
Tercera parte	I 99
Cuarta parte	3 35
Epílogo	4 I I



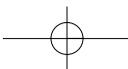
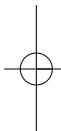
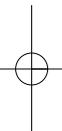
*Este libro está dedicado a Jason Smith*

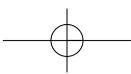
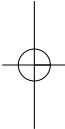
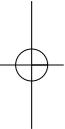




Todo allí es orden y beldad  
lujo, calma y voluptuosidad.

*Invitación al viaje*





## Prólogo

*Everly Lederer, enero de 1952.*

Ahí estaba, sobre el globo terráqueo, una raya intermitente de color azul oscuro que atravesaba el trecho azul claro del Atlántico. Por encima, tres palabras en una tenue letra cursiva: *Trópico de Cáncer*. Los mayores le decían que dejara de preguntar qué era esa línea y le daban una sosa respuesta que no le servía de nada: «Se trata de una latitud, en este caso de veintitrés grados y medio». Ella se imaginaba la línea como una interminable guirnalda de algas prolongándose sobre las aguas hacia un horizonte lejano. Sobre el globo, los continentes parecían estar envueltos en varias capas azules en distintos tonos, pero ¿cómo era posible que los océanos tuvieran zonas geográficas, si no pertenecen a ningún país?, ¿cómo cabe dividir una superficie ajena a la lluvia y a las fronteras, un espacio donde no se puede dejar un objeto en un lugar fijo? Una vez vio un globo terráqueo antiguo en el que había un solo mar enorme, llamado Océano, que rodeaba la Tierra. En lugar del Polo Norte había una región llamada Cielo. Y en lugar de Polo Sur, Infierno.

De la lista de temas para hacer el comentario de texto, ella eligió el color negro, aunque reducir *La isla del tesoro* a una serie de cosas negras era traicionar la historia de la novela, que no es sobre el negro, sino quizá sobre lo necesarios que son los padres para los

hijos, a veces más listos que los adultos y menos proclives a caer en los vicios habituales. Pero también es verdad que la bandera pirata es negra y que sale un Perro Negro que aparece misteriosamente en la posada Almirante Benbow pidiendo ron. Y en la isla desierta hay noches de penumbra teñidas de la sombra más negra de todas: la sombra negra del peligro. Y también sale esa «mota negra» que reparten los piratas como una especie de amenaza. Una condena a muerte, en realidad. «¿Quién me dio la mota negra?», pregunta el capitán Silver. Es la muerte simbolizada por una mancha de carbón en una hoja de papel. La hoja está arrancada de la Biblia, que acaba con un boquete en pleno Apocalipsis. Y ya se sabe que los agujeros también son negros.

Había leído que en el mar de los Sargazos hay una masa de algas tan grande como una ciudad y esperaba que algo de eso encontrarán. En el océano también flotan otras cosas como la echazón, todo lo que arrojan los marinos al agua para aligerar la carga del barco, y los desechos, un batiburrillo de cosas arrastradas por las aguas, como los cocos que aparecían rodando por las costas europeas cuando nadie imaginaba lo que podía haber al oeste. Quizá aún sigan apareciendo cocos en las playas, pero ahora que se venden en las tiendas, han perdido el misterio. En aquel entonces la gente los guardaba para enseñarlos como un amuleto exótico. O los abría con un cuchillo y se quedaban asombrados ante el líquido lechoso que soltaban, grasiento y maloliente. Y no porque fuera venenoso, sino por haberse podrido después de un viaje tan largo y azaroso. Al fin y al cabo, se trataba de un fruto que había sido trasladado a miles de kilómetros de su hogar, apartado de su nicho entre las verdes frondas de una palmera.

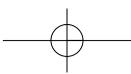
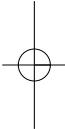
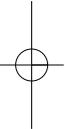
Pasar del verde al rojo es fácil: son complementarios. Los dos tienen unas finísimas membranas, una especie de retinas, adheridas al dorso. Su padre veía el rojo verde y el verde rojo. Esto es de por vida, decía él. Y en las Antillas hay una hierba roja de la que se saca un tinte verde.

Ahora imaginemos unas cortinas de terciopelo rojo.  
Abrámoslas.

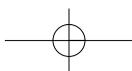
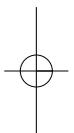
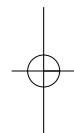
Al fondo hay una habitación con unas condiciones acústicas perfectas. Y un reluciente piano en cuya superficie negra ella se ve la cara reflejada, como en una sartén llena de agua. Se sienta y toca una pieza de Chopin, un típico preludio de despedida, una ensoñación en clave menor.

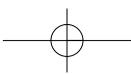
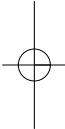
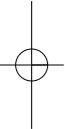
Girando el globo terráqueo despacio y una sola vez, vuelve al lugar donde la línea azul discontinua pasa sobre la isla de Cuba.

Al cruzar el trópico de Cáncer, ella empezará una nueva vida.



PRIMERA PARTE





**1**

*Enero de 1958.*

Fue lo primero que vi al abrir los ojos esa mañana. Un rectángulo naranja como una masa de lava incandescente, flotando sobre la pared de mi cuarto. Era pura luz entrando a raudales por la ventana, un haz polvoriento que iluminaba la pared como una lenta película muda. Solo esa extraña luz naranja y nada más. Pensé que desaparecería en cualquier momento, como cuando vislumbra un arco iris que se te desvanece ante los ojos, dejando solo un atisbo de color, apenas un recuerdo de lo que acabas de ver.

Me levanté y miré por la ventana. El cielo estaba de un violeta brumoso que me recordaba a la delicada piel de las ojeras de mi madre, unos semicírculos que se le oscurecían cuando estaba cansada. El sol era un borroso orbe rojo oscuro. Gracias a la neblina podías mirarlo directamente, como una joya envuelta en capas de tisú. Pensé que iba a ser uno de esos días raros. Al este de Cuba había muchas mañanas en las que nada más levantarme sabía que el clima había dado un vuelco radical. Mi cuarto daba a la bahía y antes de una tormenta tropical el sol se fraccionaba en tiras de luz que perforaban las densas nubes posadas sobre el horizonte del mar, tiñéndolas de un rosa que parecía brotarles del interior. Me encantaba esa sensación de despertarme justo antes de un cambio drástico, sabiendo que al bajar me encontraría con los criados

corriendo de aquí para allá, metiendo en casa los muebles del porche y clavando tablones en las ventanas para contener las ráfagas de aire caliente, mientras la primera ola se alzaba como un muro verde cristalino que se derrumbaba a chorros tras la verja del jardín. Si ya se había formado una tormenta, me despertaba al oír la lluvia repiqueteando sobre el tejado, con el cuarto tan oscuro que tenía que encender la lámpara de la mesilla para ver el reloj. El cambio siempre me ha apasionado, así que al despertarme esa mañana y ver en la pared un rectángulo de luz naranja brillante como un ascua, pensé que iba a pasar algo excepcional.

Como era pronto, mis padres no se habían levantado todavía. En cuanto a mi hermano Del, ya llevaba tres semanas sin aparecer por casa, desde que volvimos de pasar las Navidades en La Habana. Papá no hablaba del tema abiertamente, pero yo sabía que Del estaba en la sierra con la guerrilla de Raúl, la Columna Número Seis. Hasta entonces yo nunca había ido a los billares de Mayarí, pero cuando mi hermano desapareció, empecé a ir. En Preston era difícil conseguir información sobre los rebeldes. Los cubanos sabían perfectamente de qué iba el asunto, pero se guardaban de hablar delante de los estadounidenses. La compañía azucarera presionaba a los trabajadores para que no se mezclaran con los revolucionarios. ¿Y quién se iba a atrever a hablar con el hijo del jefe, aunque solo tuviera trece años? Pero en Mayarí la gente bebía y se iba de la lengua. La semana anterior, estando en los billares, un viejo aldeano me había agarrado del hombro. Se acercó tanto a mí que le olí el ron en el aliento cuando empezó a hablarme de mi hermano Del, diciendo que aún era joven, pero que iba a ser uno de los grandes. Un libertador del pueblo. Como Bolívar.

Ya se oía a Annie preparar el desayuno, abriendo y cerrando cajones. Me puse las zapatillas y bajé a la cocina, donde había tan poca luz que casi no se veía. Annie había cerrado todas las ventanas y tenía echadas las persianas. Le dije que si se empeñaba en no abrir los postigos, al menos podía encender la luz.

Los sirvientes tienen sus manías —supersticiones— y a veces cuesta entender por qué hacen las cosas. A nuestra Annie, por ejemplo, no le gustaba salir al anochecer. Si mi madre insistía en mandarla a hacer algún recado, se tapaba la boca con un pañuelo. Decía que al caer la noche los malos espíritus se apoderan de las mujeres, entrándoles por la boca. Annie y Darcina, la lavandera, escuchaban a un curandero disparatado llamado Clavelito, que tenía un programa de radio en la emisora CMQ. Darcina nos había contado que a veces lloraba de noche porque se sentía muy sola sin sus hijos. A mi madre le dio pena y acabó comprándole una radio portátil para que se sintiera más acompañada, pero tuvo que comprarle otra a Annie para no hacer distingos. Mi madre se pasó la vida haciendo justicia. El tal Clavelito de la radio mandaba a sus oyentes poner un vaso de agua encima del transistor para poder convertirla en agua bendita con su voz. Annie y Darcina, por supuesto, se lo creían.

Annie decía que había echado los postigos porque entraba mucho aire. Con esa calima tan tremenda le picaba la nariz y se ponía ronca. Esos *guajiros*\* deben de estar quemando basura otra vez, decía. Los *campesinos* no le gustaban. Annie pertenecía al servicio doméstico, y eso suponía una diferencia de clase.

Me senté en la cocina con el último número de *Unifruitco*, la revista de la compañía. Como era bimensual, las noticias siempre se quedaban un poco atrasadas. En esa portada de enero de 1958 salían mi hermano y Phillip Mackey posando con un pez espada que habían pescado en la bahía de Nipe allá por octubre. Les habían dado el primer premio del concurso de pesca de ese otoño. Se hacía raro ver esa foto ahora que los dos se habían marchado y a mi hermano ya le traían sin cuidado los concursos de pesca. En la página siguiente salía papá con Batista y el embajador Smith en la cubierta de nuestro yate, el *Mollie and Me*. Mientras yo iba

\* En español en el original. Se han señalado en todo el libro, indicándolas con letra cursiva, las voces que aparecían en español en el original, así como los términos extranjeros. (*N. del E.*)

pasando las páginas, Annie preparaba la masa para los pasteles. Luego la cortaba en unos círculos que cubría con queso y pasta de guayaba, la doblaba en forma de medialuna y la ponía sobre una bandeja de horno. Los pastelitos de guayaba de Annie, recién sacados del horno, eran la cosa más deliciosa del mundo. En Preston había familias estadounidenses que no dejaban a los sirvientes preparar sus platos autóctonos, pero mi madre era una mujer de mente abierta para esas cosas y la cocina cubana tenía sabores que le encantaban. Ella no cocinaba. Solo escribía las listas de la compra. Era Annie la que sabía hacer pagro relleno, un pez enorme aderezado con patatas, aceitunas y apio, marinado en mantequilla y zumo de lima, y asado al horno. Ese era mi plato preferido. Seis meses antes, en el verano de 1957, cuando cumplí los trece, Annie dijo que yo ya era un hombrecito que pronto sería mayor, y que para mi boda me prepararía una tarta de ron. Los chicos de trece años no están pensando en bodas precisamente. Por supuesto que había coqueteado con alguna chica, pero no tenía ninguna historia formal. Como una tarta de ron se conserva bien durante quince años, Annie pensó que tenía tiempo de sobra para hacerme mayor y buscarme una esposa. Consiguió que los mecánicos de la compañía le hicieran una lata de cinco pisos para guardar el dichoso bizcocho. Al final no sé qué pasó con él, ni con la lata que llevaba mi nombre. Se perdería con el ajetreo cuando tuvimos que marcharnos del país repentinamente, como tantas otras cosas nuestras.

Annie estaba metiendo en el horno sus pastelitos, como ella los llamaba, cuando oí a papá bajar precipitadamente las escaleras mientras mi madre le decía a gritos:

—¡Malcolm! ¡Malcolm, por Dios, ten cuidado!

Corrí hacia la entrada y me encontré con papá al pie de las escaleras. Sin mirarme siquiera, me pasó por delante como si yo fuera invisible, abrió la puerta de casa y bajó las escaleras del porche de dos en dos. Siguiéndole, salí en pijama y eché a correr por el sendero del jardín. Papá se encaminó hacia la parte trasera de

la finca, donde estaba la zona del servicio, y aporreó la puerta de Hilton Hardy, su chófer.

—¡Hilton, levántate! —dijo, volviendo a golpear la puerta.

Fue entonces cuando me di cuenta de que papá llevaba la camisa arrugada del pijama debajo de la chaqueta del traje.

—Señor Stites, el señor Hardy fue a visitar a los suyos en cayo Mambí —le gritó Annie desde la ventana de la despensa, con la voz amortiguada por los postigos cerrados—. La señora le dio permiso.

Papá soltó un taco muy alto y corrió hacia el garaje donde Hilton guardaba la reluciente limusina negra de la compañía. Teníamos dos, las clásicas Buick modelo Dynaflo, con perforaciones ovales cromadas a los lados, sobre el parachoques delantero. Después de abrir las puertas del garaje, papá se metió en el coche, pero no lo arrancó. Se bajó y mirando hacia la casa gritó:

—¡Annie! ¿Dónde guarda Hilton las llaves de este maldito trasto?

—En un gancho de la pared, señor Stites. El señor Hardy tiene todas las llaves en sus ganchitos —le gritó ella desde dentro.

Después de encontrarlas, papá arrancó el Buick y lo sacó del garaje marcha atrás. Plantado en mitad del sendero del jardín, lo miré sin atreverme a preguntarle qué demonios pasaba. El coche bajó tronando por la rampa, escupiendo gravilla, y giró a la derecha en La Avenida.

Fue la primera vez que vi a papá sentado al volante de un coche. Siempre tuvo chófer. Y todos los días salía de casa con un traje blanco de algodón, una corbata blanca y un sombrero panamá. Al caer la tarde, Hilton lo llevaba en la limusina Buick a hacer la ronda. En cada parada salía una secretaria a servirle un cafecito cubano. Sabían perfectamente a qué hora iba a aparecer y cómo le gustaba el café: una taza tamaño dedal, sin azúcar. Un «chiquito chiquito», como decía él. Nos explicaba que no le sentaba mal, porque ya tenía el estómago recubierto de café. Papá era un hombre anticuado. Tenía sus costumbres y se tomaba su tiempo. No le iban las prisas.

Recuerdo cómo vivían los macheteros que cortaban la caña de azúcar, en unas chozas diminutas a las que llamaban *bohíos*. Suelos de barro, un orinal en el centro, sin ventanas, ni agua corriente, ni electricidad. La poca luz que había entraba por la puerta abierta o se colaba por las rendijas de las paredes de hojas de palma. Los macheteros dormían en hamacas. Solo vivían en los *bohíos* durante la cosecha, pero la compañía lo toleraba porque le interesaba esa mano de obra. El resto del año —el tiempo muerto, le llamaban ellos— se convertían en *desalojaos*. A saber a qué se dedicarían esos meses. A andar por el campo en busca de trabajo y comida, supongo. En el *batey* donde vivían, una aldea de chabolas, había niños desnudos por todas partes. No llevaban zapatos y tenían las plantas de los pies cubiertas de callos endurecidos. La comida la hacían al aire libre, en una hoguera de carbón de mangle. El agua la sacaban del grifo que había al borde del cañaveral. Tenían que acarrearla en cubos, pero la compañía les dejaba gastar cuanto quisieran. En todo caso, salían mejor parados que los mineros de Nicaro, unos empleados del gobierno estadounidense que tenían que contentarse con el agua del río Levisa, donde se echaban los residuos de la planta de níquel. Los trabajadores de Nicaro bebían, se bañaban y lavaban la ropa en ese río. Si lavas la bici en el río Levisa cuando ha llovido, la dejas reluciente. Una de esas singularidades cubanas. No sé por qué, pero funciona de verdad. Después de un chaparrón todo el mundo iba al río, hombres y niños se metían en el agua en calzoncillos para lavar coches y bicicletas.

Los niños estadounidenses de La Avenida tenían prohibido salir de Preston y meterse en el *batey* del cañaveral. Creo que era una norma de la compañía. De puertas adentro, no pasaba nada. Si salías, te la jugabas, pero Curtis Hijo —el hijo de Hatch Allain— y yo nos escapábamos sin parar. Nosotros éramos niños y curiosos. A veces nos colábamos en algún baile. A Curtis le gustaban las chicas cubanas. Y eso constituía otra singularidad: algunos de los jóvenes estadounidenses solo salían con

cubanos o cubanas. Por ejemplo, Phillip Mackey y Stevie, la hermana de Everly Lederer, que vivían en Nicaro, solo salían con cubanos, razón por la que terminaron internos en Estados Unidos. En el caso de Phillip, no solo se debió a las chicas, sino al lío en el que se metió con mi hermano al juntarse con los rebeldes. En cuanto al pobre Curtis, las chicas cubanas ni siquiera le dieron la oportunidad de meterse en líos. Como era un orejotas más bien sucio, a las mujeres no les gustaba. Intenté explicarle que hay que ser un poco distante, un poco esto-es-lo-que-hay, aunque tengas que fingirlo un poco, pero Curtis no se enteraba de nada.

Fue a papá a quien se le ocurrió ceder a los macheteros unos terrenos para que plantaran yuca y batata con las que alimentarse. Papá siempre creyó en la autosuficiencia. Por eso se trajo al reverendo Crim, que dirigía la escuela agrícola de la United Fruit. Casi todos los hijos de los macheteros eran analfabetos. Les ponían a estudiar cosas prácticas: técnicas de cultivo, economía doméstica o nociones básicas de la religión metodista. Papá tenía claro que la educación era importante, pero no estaba dispuesto a llenar la casa de golfos callejeros, como quería hacer mi madre. Ella sí que era una izquierdista auténtica. Les daba comida por la puerta trasera y, si mi padre no le hubiera parado los pies, a buen seguro que los habría metido en casa. En cuanto se enteraba de que en el *batey* había un niño enfermo, tullido, retrasado o con algún mal, mi madre mandaba a alguien a recogerlo y llevarlo al hospital de la compañía. En Navidad salía por los campos a caballo, cargada de regalos y juguetes. Quería ir sola, pero mi padre no la dejaba. Siempre iba con un guardia de seguridad de la empresa, que la seguía en coche. La verdad es que aquellos hombres eran más policías que guardias, porque llevaban una pistola y una *guampara*, es decir, una especie de machete con una hoja grande y plana que sirve para pegar a la gente. Mi madre iba a caballo por todas partes. Una vez se llevó de paseo a los de la revista *National Geographic* y sacaron mu-

chísimas fotos. En mi opinión, sigue siendo la mejor revista de todas. Cuando los cubanos veían aparecer a mi madre, salían en tropel de sus casas y se apiñaban a su alrededor. La adoraban. Todos querían tocarla. Causaba ese efecto.

Cuando papá la vio por primera vez, había ido a ver a su hermano, que vivía cerca de Crawfordsville, en Indiana. Mi madre se había quedado sin gasolina. Papá la vio andando por el arcén de la carretera y pensó que se le había aparecido un ángel. Madre había sido Reina de Mayo en su ciudad y presidenta de la hermandad de mujeres Kappa Kappa Gamma en la Universidad DePauw. Cuando murió, me hicieron devolverles su insignia. Harlan Sanders —el coronel Sanders—, que era de Indiana, siempre estuvo enamorado de mi madre. Una vez, cuando íbamos de camino a Cumberland Falls, nos invitó al motel Sanders y se notaba que tenía una fijación con ella. Al saludarnos se puso rojo y le temblaban las manos. Creo que a mi padre más bien le hizo gracia. A él le gustaba alardear de esposa. Madre era una mujer guapa y además se cuidaba. Nunca se lavaba la cara con jabón, solo se la limpiaba con crema hidratante, y siempre dio mucha importancia a los temas de salud. En casa se hacía yogur cuando aún era algo prácticamente desconocido. Todas las noches se sentaba delante del tocador y se cepillaba el pelo cien veces antes de meterse en la cama. De pequeño te fijas en esas cosas. Papá nos llevaba a Miami dos o tres veces al año, para comprarle ropa a mi madre. Pedía hora en Burdines para que nos hicieran un pase privado. Mi madre se sentaba con papá, con Del y conmigo para ver la ropa que nos enseñaban las modelos. Cuando nos gustaba algo, mi madre se lo probaba y daba un par de vueltas delante de todos. Si todos nos poníamos de acuerdo, mi padre se lo compraba. Madre decía que no podía ponerse nada que no les gustara a todos sus hombres. Al principio me aburría pasarme la tarde en un probador, pero luego me empezó a gustar el ritual y empecé a admirarla por lo bien que vestía. Cuando Del comenzó a ir con Phillip Mackey, le empezaron a interesar menos los asun-

tos familiares y dejó de venir con nosotros a Miami. Los viajes no eran tan divertidos sin él, pero a madre le alegraba que yo la acompañara y a mí me enorgullecía ser el hijo que la ayudaba a elegir la ropa. Más tarde, cuando en la academia militar teníamos que ponernos elegantes para un baile o una obra de teatro, si supe vestirme fue gracias a mi madre. Mi madre decía que la elegancia es un atuendo sencillo adornado con un detalle exagerado, como una corbata llamativa, por ejemplo. Hoy en día cuando me tengo que poner de tiros largos me sigo acordando de ella.

Una choza sucia sin agua corriente... Como vivía esa gente era justo como me gustaba vivir a mí. Al fin y al cabo, yo era un niño. A mi madre, en cambio, le parecía espantoso, por mucho que papá le recordara que su compañía pagaba mejores sueldos que cualquiera de las azucareras cubanas. A ella los métodos de las plantaciones cubanas le parecían aún peores. Le partía el corazón que gentes de la misma raza fueran capaces de explotarse unos a otros. El caso es que los macheteros eran todos jamaicanos —no había ni un solo cubano—, pero yo entendía lo que decía mi madre: indígenas aprovechándose de indígenas, morenos contra negros, esas cosas. Por eso estaba orgullosa de papá, porque la United Fruit Company tenía ciertos principios, pagaba mejor que los demás, porque era una empresa decente. Madre decía que ojalá influyera a los cubanos para que se trataran mejor unos a otros.

Esa mañana, al ver a mi padre salir escopetado con la camisa del pijama aún puesta, supe que había pasado algo tremendo. Volví a entrar en casa corriendo y, mientras me vestía, oí a madre hablar por teléfono con el señor LaDue, disculpándose por llamarlo tan pronto.

—El señor Stites me ha pedido que lo llame para informarle de que hay un incendio en los cañaverales —dijo.

Pues claro. Un incendio. Eso era lo único que podía explicar esa luz naranja tan extraña.

—También quería que le dijera que él ya ha salido hacia allí —añadió mi madre.

Incluso en pleno drama, mi madre mantenía las formas, hablando siempre con propiedad y sosiego. Y mantuvo esa actitud hasta el último momento. Y no le resultó fácil, puedo asegurarlo. Se quedó sin nada. No solo perdió la casa, todo nuestro mundo, sino que su hijo mayor se fue al monte con esa gente.

Como en ese momento madre estaba en la cocina hablando con Annie, me pareció que lo mejor era escaparme silenciosamente sin que se diera cuenta. Vivíamos al lado del Malecón, al final de La Avenida, enfrente de mi colegio, la Academia Preston para niños estadounidenses. Abrí la puerta del jardín y salí hacia la derecha, en dirección a la plaza mayor. La Avenida era como una urbanización para directivos de la compañía, con una puerta cerrada y protegida por guardias. En el escalafón de Preston, nosotros teníamos la casa más grande de todas, al fondo del todo, con vigilantes propios, uno de día y otro de noche. Los vigilantes de noche se llamaban *serenos* y el nuestro se quedaba sentado en las escaleras de casa hasta el amanecer. Como aún era temprano —no eran ni las seis de la mañana—, la calle estaba tranquila y silenciosa. Lo único que se oía era el cloqueo de los pavos reales de la señora LaDue. Todas las casas de La Avenida tenían en la entrada una pérgola con buganvillas y detrás de cada puerta se extendían exquisitos jardines. Los jardineros de la compañía se encargaban de mantenerlos immaculados. En ese momento la brisa agitaba las buganvillas, haciendo revolotear sus pétalos fucsias por las aceras. El último número de *Unifruitco*, enrollado con una goma, yacía sobre cada porche. Pasé por delante de la piscina, donde la semana anterior habíamos celebrado una gran comida al aire libre en honor a la familia de los Cabot Lodge, que habían venido de visita. Henry Cabot

Lodge ya era mayor, pero había formado parte del equipo de natación de Harvard y se animó a tirarse del trampolín con nosotros, los jóvenes, dando volteretas y haciendo el clavo. Pero los Cabot Lodge ya habían regresado a Boston hacía unos días, así que ahora la piscina estaba desierta y callada. Al fijarme vi que el agua tenía la superficie cubierta de una capa gris. Era la ceniza que traía el viento.

La garita de los vigilantes estaba al final de la calle. Saludé con la mano al que estaba de guardia y seguí andando. Desde la plaza mayor, donde se encontraban las oficinas centrales de la compañía y el despacho de papá, se veía el molino a la derecha. Durante la zafra, aquel ingenio de azúcar funcionaba las veinticuatro horas del día, encendido como un árbol de Navidad. Las prensas triturando, la melaza hirviendo, las centrifugadoras zumbando. Cualquiera otro día habría visto una columna de vapor saliendo de las dos chimeneas gigantescas, pero ahora estaban apagadas. Junto al molino había camionetas cargadas de caña, esperando que las echaran a rodar hacia las prensas. La caña de azúcar no aguanta mucho tiempo recién cortada, porque al secarse se amarga. Todo el proceso de extracción estaba concebido precisamente para evitarlo.

En esas fechas Preston tendría que haber estado impregnado del olor a melaza hirviendo, lo que los cubanos llaman *meladura*, un aroma dulzón que a mí me encantaba. Me parece estar oliéndolo ahora mismo. Pero esa mañana el aire olía a algo distinto, menos conocido. Eché a andar hacia el cruce de trenes, pensando que el encargado quizá supiera algo sobre lo sucedido y pudiera decirme dónde estaba mi padre. Tras las pistas de tenis se veían los campos de golf y de polo, con kilómetros y kilómetros de cañaverales al fondo. Un chucho parduzco, uno de esos perros escualidos que se ven en Cuba, trotaba a mi lado. Al irme acercando a los campos, el tufo cada vez era más intenso. El perro iba andando en zigzag, levantando el morro para seguir el rastro. Olía a azúcar quemado, al humo acre del carbón, como

cuando una de las tartas de Annie se chamuscaba y las gotas de relleno caían al fondo del horno.

El encargado no estaba, cosa extraña, porque era un cruce de tres vías por donde pasaban vagones sin cesar. Parado en un carril había un furgón medio cargado de caña cortada, como si alguien lo hubiese abandonado de pronto. Pasando entre las traviesas tomé el camino que llevaba a los cañaverales, dejando atrás una fila de cabañas en las que vivían los macheteros. Cualquiera otra mañana habría habido varias hogueras encendidas para hervir las batatas que los trabajadores comían mientras cortaban caña, pero ese día no se veía a nadie por allí. Parecerá absurdo, pero recuerdo haber pensado: «Si no hay ninguna fogata, ¿cómo se han incendiado los cañaverales?».

Desde el camino vi una columna de fuego negro alzándose hacia el cielo. Entonces se me ocurrió que debía de haber sido una bomba. La semana anterior Batista había bombardeado con fósforo blanco la sierra Cristal, los montes donde se ocultaban los insurgentes. El humo llegó hasta Preston y, como al día siguiente llovió, una capa grasienta de hollín cubrió toda la ciudad. En la sierra también llovió, pero ahí no apagó el fuego, porque el agua no solo no apaga el fósforo blanco, sino que lo aviva. El monte ardió durante días y quemó vivos a muchos de los *guajiros* y animales que vivían en sus laderas, pero una cosa es un indio *guajiro* y otra muy distinta un estadounidense. Batista jamás nos habría bombardeado a nosotros. Nosotros éramos prácticamente el único apoyo que le quedaba en la Cuba oriental.

De pronto vi a papá acercándose por el camino en el Buick negro, como a medio kilómetro de distancia. Iba con Hatch y Rudy Allain. Hatch era el jefe de la plantación. Su hermano, Rudy, era el encargado de mantenimiento del ingenio y los sistemas de riego. El incendio se propagaba al sur de los campos. Al irme acercando, noté el calor en la cara y a través de la ropa. Se oía restallar la caña consumida por las llamas. Deformado por

las ondas de calor, vi a papá hablar con Rudy mientras el anciano señor LaDue corría hacia ellos desde la otra punta del campo. En una camioneta de la compañía aparecieron dos mecánicos. Rudy le dijo algo a mi padre, pero aunque hablaban a gritos, no lo oí, porque en ese momento sonó algo parecido a una explosión. La caña madura es tan buen combustible que el humo negro del incendio parecía agua fluyendo hacia el cielo. Con un machete en la mano, papá corrió hacia el estrecho sendero que separaba dos cañaverales incendiados. De pronto desapareció, como engullido por el humo y las llamas.

En el despacho que papá tenía en las oficinas de la compañía había un mapa enorme de Oriente, donde vivíamos nosotros. Aunque es la provincia más grande, pobre y negra de Cuba, es la que tiene mejor clima y la tierra más fértil para cultivar caña de azúcar. Hoy en día Castro la ha dividido entera, no sé por qué: otra de sus sandeces, como sandez fue cambiar el nombre de nuestra ciudad, Preston, y ponerle Guatemala, lo que no tiene ningún sentido. En aquel entonces todo el este de la isla era una sola provincia, Oriente. En el mapa del despacho de papá, los terrenos de la compañía United Fruit destacaban por su color verde. Prácticamente el mapa entero era verde —trece mil doscientas hectáreas de tierra cultivable—, con una pequeña zona gris que no nos pertenecía, marcada con las palabras «Propiedad de otros». La gente no tiene ni idea de la escala de las cosas. Catorce mil macheteros. Ochocientos cincuenta vagones de transporte. Talleres especializados en reparar la maquinaria del ingenio. Una pista de aterrizaje privada. Dos aviones DC-3 propios, un Lockheed Lodestar y el Cessna Bobcat que usaba papá en los viajes cortos para supervisar los cañaverales o dejarse caer por Banes, el otro molino de la compañía, situado a cincuenta kilómetros de distancia. También teníamos una flota de buques mercantes para llevar el azúcar a Boston. En el puerto te podías

sentar en el Club Panamericano, que tenía un mirador encaramado sobre el agua como la proa de un transatlántico, y ver los buques atracados mientras los cargaban de sacos de azúcar moreno, sin refinar. Durante la molienda nuestra compañía procesaba seis millones setecientos cincuenta mil kilos de azúcar al día.

A los macheteros siempre se les pagaba al final de la temporada. Antes de que sufriera una gran desgracia, el señor Flamm, el contable, calculaba todos los sueldos en un gigantesco libro mayor. Los trabajadores hacían cola en la carretera y él les iba pagando con los pesos que sacaba de una enorme bolsa de cuero verde. El saco del dinero, con el logo de la compañía grabado, se cerraba con una cremallera de la que colgaba un candado enorme. Cada vez que pagaba a un machetero, el señor Flamm le tachaba de la lista, pero antes le hacía firmar en señal de conformidad. Como la mayoría de los trabajadores eran jamaicanos, hablaban un inglés correcto, pero casi ninguno sabía firmar con su nombre, por eso bastaba con que hicieran una cruz. Los que no tenían apellido aparecían en la lista por el mote con el que se los conocía. Hatch Allain vigilaba todo el proceso para asegurarse de que nadie se pasara de la raya. Todas las pagas se hacían en efectivo, es decir, se les pagaba a tocateja, restando el importe de lo que hubieran comprado en la tienda de la compañía, que todo el mundo llamaba el *almacén*. Si se pasaban de la paga que les correspondía, el señor Flamm lo apuntaba en el libro de cuentas. La compañía les permitía ir tirando de su sueldo por adelantado para que pudieran comer antes del día de pago. Como ninguno de ellos tenía coche ni mula, tenían que hacer todas sus compras en Preston. Durante un tiempo les pagaron al final de cada jornada, pero papá decidió que era mejor que aguantaran hasta el final de la molienda: muchos de los macheteros procedentes de Jamaica dispuestos a cortar la caña descubrían de pronto que el trabajo no les gustaba y, cuando se hartaban, desaparecían sin pagar a la compañía lo que había cos-

tado traerles en barco desde Kingston. Cortar caña es un trabajo brutal, una de las labores más duras del mundo. Consiste en pasarse el día agachado bajo un sol abrasador, golpeando cañas con la hoja plana del machete. La caña tiene unas hojas tan afiladas que te pueden hacer jirones la piel. En nuestros campos había macheteros que morían de un golpe de calor o de un infarto. Además, hay que trabajar rápido para que la caña no se pase. A las pocas horas de cortarla le sube el contenido ácido y el azúcar se fermenta. Un machetero no solo tiene que cortar la caña, sino quitarle todas las hojas, atar los tallos en manojos, cargarlos en carros de bueyes y de ahí pasarlos a unos vagones que van directamente al ingenio para procesar el azúcar cuanto antes. Eran jornadas de dieciocho horas, con unas cuatro horas de sueño. Los trabajadores se levantaban antes del amanecer y al caer la noche trabajaban a la luz de unas lámparas de aceite. Por eso era mejor pagarles al final de la temporada, para que aguantaran el tirón y acabaran el trabajo.

Los macheteros de Preston no siempre fueron jamaicanos. En los años cuarenta la compañía contrataba sobre todo a haitianos. Papá iba todos los años a Cabo Haitiano para traerse a Cuba una remesa de trabajadores. Tenía un socio allí, un francés elegantísimo llamado *monsieur* Bloussé, que contrataba a los trabajadores necesarios para cortarnos la caña. Yo era muy pequeño, pero recuerdo uno de esos buques, un vapor de dos pisos atracado en el puerto de Preston y tan abarrotado de hombres que los brazos negros les colgaban por la borda. Al desembarcarlos los subieron a vagones de tren abiertos. Ahora que lo pienso, aquellos vagones eran como los vagones en los que llevaban la caña, unas jaulas de barrotes curvos —como las costillas de una ballena— donde se transportan los fardos de caña cortada. El caso es que a los haitianos los metían en una nave, una especie de establo, donde los rociaban con unas sales. Luego iba a verlos el médico de la compañía, el doctor Romero (el mismo que daba los certificados de salud a los criados, un

documento imprescindible para poder trabajar en casa de alguien). Después del reconocimiento médico los dejaban en el corral varios días para cerciorarse de que no tenían ninguna enfermedad contagiosa, como una oftalmia o algo así. En esos barcos llegaban cosas tremendas. La oftalmia, concretamente, te podía dejar ciego.

Cuando yo era pequeño, el hielo venía en un saco de arpillera de caña cubierto con serrín para conservarlo frío antes de meterlo en la nevera. Todos los días aparecía por La Avenida un caballito tirando de un carro del que un señor nos bajaba una barra de hielo de cincuenta kilos. El día que cobraban, antes de que los mandaran de vuelta a Haití en uno de esos buques enormes de dos pisos, los macheteros iban a Mayarí a comprar unos baúles que llenaban de cosas para llevarse a casa: camisas de seda roja, amarilla o algún otro color chillón, botellas de ron cubano, cosas así. Uno de ellos se compró un baúl grande y luego se compró una barra de hielo de cincuenta kilos. Sin contárselo a nadie, el haitiano metió el hielo en el baúl y lo subió al barco. Cuando atracaron en Cabo Haitiano quería matar al capitán del buque porque decía que le había robado el hielo.

No era la primera vez que se incendiaban los cañaverales. Cuando yo tenía seis años cayó un rayo y se quemaron muchas hectáreas de plantaciones. La compañía reunió a los macheteros y casi un millar comenzaron a hacer cortafuegos entre las cañas a fin de impedir que las llamas saltaran al otro lado de la carretera. Lograron contenerlo, porque cuando el fuego llegó a la franja, se quedó sin combustible. Un cañaveral ardiendo es muy difícil de apagar. Esa mañana, al ver el incendio extenderse por toda la parte sur de nuestros campos, pensé que ni aun con la ayuda del último machetero podrían con el fuego.

Cuando llegué corriendo a los cañaverales me encontré a Rudy hablando con el señor LaDue y varios hombres más. Nunca

había hecho un cortafuego, pero agarré un machete que vi junto a la caseta donde el pobre señor Flamm —que en paz descanse— se metía el día que le tocaba pagar la nómina. El señor Flamm era un señor pequeño y enclenque con unas gafitas redondas de montura metálica, así que le hicieron la caseta para que no se achicharrara durante las horas que se pasaba repartiendo dinero a los cortadores de caña. El machete me pesaba mucho. Aunque hubiera conseguido levantarlo, no habría servido de nada, pero estaba dispuesto a intentarlo. Me dirigí hacia el hueco por el que había entrado mi padre, pero Rudy me agarró por los hombros para detenerme.

—Tranquilo, hijo, lo único que nos faltaba es que tú te abrases entre las cañas —me dijo.

Justo en ese momento aparecieron dos hombres en una camioneta diciendo a gritos que no conseguían abrir la válvula principal. Rudy me pidió que fuera con ellos. Corrimos hacia una camioneta y Rudy se puso al volante. Nos metimos por uno de los caminos de las plantaciones y aparcamos junto a la llave de paso que controlaba el sistema de riego. Agachándose, Rudy intentó abrir la llave con unos alicates. Una vez aflojado el tornillo, giró la válvula en sentido contrario a las agujas del reloj, pero no pasó nada. No salió ni una gota de agua. Entonces giró la rueda hasta el tope.

—¡Maldita sea! —dijo, tirando los alicates al suelo.

Como el aire estaba cargado de humo, Rudy tenía un ojo todo rojo y lloroso. Yo sabía que el otro ojo lo tenía bien porque era de cristal. En ese momento me dio la tos y me levanté la camiseta para taparme la boca mientras Rudy volvía a girar la rueda.

—Ahora sí que la hemos jodido, K. C. —dijo.

Entonces aparecieron varios hombres más, personal de las oficinas de la compañía.

Uno de ellos era el secretario de papá, el señor Suárez, que debía de ser el único cubano del grupo. Todos iban con un machete en la mano y llevaban la boca tapada con un pañuelo. En-

traron en el cañaveral por un hueco que había junto a la válvula destrozada. No había ni un solo machetero por allí. Tampoco trabajadores de la molienda. Solo los mandamases, los jefes de las plantaciones y los empleados de las oficinas.

—El *batey* parece una aldea muerta —nos dijo a gritos Hatch Allain, que venía andando hacia donde estábamos—. He mandado a los guardias que se pongan a llamar a las puertas para despertar a todos los hombres de la ciudad. Calculo que vendrán unos cien a echarnos una mano.

Tenía la cara ardiendo como si me hubiera quemado tomando el sol. Seguía con la camisa levantada para taparme la boca, pero no podía parar de toser. Me parecía increíble que mi padre aguantara en mitad del fuego, rodeado de llamas.

Al ver aparecer al señor LaDue, que venía caminando hacia nosotros, Rudy le gritó que la válvula estaba rota y no había agua. El señor LaDue me pareció más viejo que nunca. Tenía la cara oscurecida a trechos por una barba mal afeitada y llevaba crema de afeitar en el cuello.

—Si no logramos contener el fuego antes de que llegue a la carretera principal, se nos va a quemar la ciudad entera —le dijo a Rudy.

Conforme iban llegando hombres, Rudy y Hatch les daban órdenes sobre el mejor lugar por el que meterse en los campos y por dónde cortar las cañas. Como quería ayudarlos, les dije:

—Rudy, Hatch, ponedme a trabajar.

Pero Rudy dijo que lo mejor que podía hacer era irme a casa y pedir a mi madre que llamara al señor Smith, el embajador estadounidense. Me resultó difícil entender cómo iba a colaborar el embajador en apagar un incendio en un cañaveral, pero hice lo que se me pedía.

Entretanto, la nube de humo del incendio avanzaba sobre la bahía. Parecía un colosal transatlántico negro navegando por los cielos. Cuando corría de vuelta a casa para dar el recado de Rudy a mi madre, una lluvia de ceniza caía sobre la ciudad, una especie

de nevada gris de copos que caían sin posarse, alzados por el aire caliente del incendio. Más bien parecía una de esas bolas de cristal que venden como *souvenirs* y que al agitarlas parece que nieva. Aquello era un huracán de ceniza de caña que giraba sin parar.

Todavía recuerdo cuando el señor Bloussé, encargado de contratar a los macheteros haitianos, nos visitó en nuestra casa de Preston. Bloussé era guapo como un actor de cine, con el pelo rubio engominado y un brillante pañuelo de seda atado al cuello con un nudo Ascot. Vestía camisas hechas a medida en París, con gemelos de ónice negro y pantalones de montar tipo militar. Siempre iba con un sirviente que se quedaba de pie a sus espaldas, un haitiano joven, callado como un ratón, un chico extraño. Cuando el señor Bloussé chasqueaba los dedos y le decía algo en francés, el muchacho salía corriendo a hacer algún recado. Aunque yo pensaba que solo hablaría francés o alguna versión indígena como el *patois*, en una ocasión el chico haitiano del señor Bloussé me habló en inglés. Estando su jefe en el salón con papá, me paró por el pasillo para preguntarme si teníamos algún libro que le pudiera interesar. El chaval se dedicaba a acarrear maletas y sacar brillo a los zapatos del señor Bloussé. Si no tenía nada que hacer, se quedaba en el pasillo, muy quieto, como si tuviera la cabeza completamente hueca, pero resultó que no solo sabía leer, sino que leía en inglés. Después de darle unas revistas para que las ojeara, le pregunté cómo había aprendido ese idioma. Me contestó que le había enseñado el señor Bloussé y que formaba parte de su formación. No sé a qué formación se referiría. Años después el chico acabó en casa de la familia Lederer en Nicaro. Una de las hijas de los Lederer, Everly, la pelirroja, lo seguía a todas partes. Aquel hombre era el mismo haitiano, si bien para entonces ya se había hecho mayor, un criado más de los muchos que trabajaban en Nicaro, pero yo conocía esa curiosa anécdota sobre su pasado.

Cuando nos visitó, el señor Bloussé le regaló a mi madre una pieza de encaje de Luxenil y a mi padre una botella de coñac carísimo. Todas las noches se quedaba con papá bebiendo y fumando. Mi padre coleccionaba bebidas espirituosas del mundo entero. En un carrito de caoba tenía unos osos de porcelana llenos de *kummel* y unas botellas de Chartreuse amarillo y verde (el amarillo brillaba como si tuviera una bombilla debajo). Guardaba el sirope de almendra y la almibarada *crème de menthe* blanca en unas licoreras de cristal tallado. Había sidra española y un aguardiente de pera con la fruta entera flotando en la botella. Este último era portugués y, como el frasco era transparente, la pera parecía un pez flotando bajo la superficie de un estanque. Los directivos más jóvenes venían a nuestro salón a beber coñac y charlar con el señor Bloussé, que había estado en la Legión Francesa y había recorrido todo el mundo, desde Zanzíbar hasta sitios aún más raros. Todo el mundo lo admiraba. Tenía dinero y una finca impresionante en Cabo Haitiano. Lo recuerdo hablando de sus tres hijas, que a sus diecisiete o dieciocho años ya estaban en edad casadera. Algunos de los altos cargos de la compañía querían verse con el señor Bloussé para cortejar a las hijas, que yo imaginaba princesas guapas y bien trajeadas, sentadas en un patio del trópico francés donde un sirviente las refrescaba con un abanico de hojas de palmera.

—Sí, ya sé que Su Excelencia está en La Habana, pero mi marido cree que debería estar al corriente de la situación —dijo mi madre a un funcionario de la embajada.

—¿Para que llamemos a los bomberos? En fin, señora.

—La verdad es que no sé por qué me ha pedido que me ponga en contacto con ustedes, pero algún motivo tendrá. Les agradecería que le den el recado de que Evelyn Stites lo ha llamado de parte de Malcolm Stites, porque el incendio que se ha declarado es grave.

—Sí, señora. Ya hemos avisado a los bomberos.

Mi madre era tan educada que no se atrevió a decir al empleado

de la embajada que se trataba de terrenos de la compañía United Fruit, es decir, que los bomberos éramos nosotros.

Al colgar el teléfono, mi madre se echó a llorar y me abrazó con fuerza. Mi padre no aguantaba ver a nadie llorando. Por eso mi madre aprovechó su ausencia para desahogarse conmigo. No le conté que el señor LaDue había dicho que se nos iba a quemar la ciudad entera, porque no me hizo falta. Por la ventana veíamos a Ho, nuestro jardinero, dirigiendo la manguera hacia arriba para mojar el tejado y las paredes de casa.

A las doce el humo que llegaba de los cañaverales era tan denso que tapaba la luz del sol. Aunque era mediodía, la penumbra era más propia de una noche de verano a eso de las nueve. Madre, Annie y el resto de los criados corrían de aquí para allá, tapando las ventanas y rendijas de las puertas con toallas húmedas. La secretaria del embajador Smith —o quizá la secretaria de la secretaria— llamó para decir que estaba en ello, pero que no había logrado localizar a Su Excelencia. El embajador Smith nunca estaba disponible cuando mi padre lo llamaba para algo. Si los trabajadores se ponían en huelga o había algún problema con la gente de Batista sobre los aranceles aduaneros, el embajador se tomaba su tiempo en devolverle la llamada, porque se pasaba la vida jugando al golf en el Club Náutico o ejerciendo de anfitrión en alguna gala benéfica. Se trataba del típico espécimen de clase alta de Nueva Inglaterra que había estudiado en Yale y esas cosas. El Club Náutico de La Habana era tan elitista que no dejaba entrar ni a Batista, el presidente de Cuba, un mulato de Banes, la segunda ciudad donde estaba instalada la United Fruit. El padre de Batista había sido machetero nuestro y el propio presidente trabajó en la empresa ferroviaria de la compañía. Empezó como asistente de maquinista en un coche de línea —un automóvil con ruedas adaptadas a las vías de tren— y acabó ascendiendo a guardavía.

Me había ido al salón a poner la radio para ver si lograba averiguar lo que estaba pasando en la sierra. No se me había ocu-

rrido que el incendio pudiera ser provocado, pero lo primero que hice fue intentar sintonizar la emisora pirata de los insurgentes, Radio Rebelde, que emitía en banda de veinte metros todas las tardes entre las cinco y las nueve, y se oía perfectamente. Papá nos tenía prohibido ponerla, pero yo aprovechaba sus ausencias por si decían algo sobre mi hermano. Los temas habituales eran la guerrilla de Raúl, la victoria de turno y los espantosos bombardeos de la sierra con fósforo blanco, pero una vez oí algo sobre los «valientes extranjeros» entregados a la causa. En todo caso, jamás citaron a Del por su nombre. Bien mirado, es sorprendente que desperdiciaran semejante oportunidad para hacerse propaganda. El hijo mayor del enemigo número uno, el director de la United, estaba por la causa y no sacaron ningún partido al asunto.

Cuando secuestraron a varios ciudadanos de Preston y Nicaro varios meses después —el verano de ese mismo año, 1958—, los revolucionarios invitaron a un fotógrafo de *Life* a visitar su campamento en la sierra Maestra. A juzgar por las fotos de la revista, parecía que se lo estaban pasando en grande, secuestradores y rehenes en perfecta armonía, tumbados descalzos en unas hamacas, riéndose, bebiendo ron y fumando puros. El señor Lederer de Nicaro, que posaba con una cartuchera atada a la cintura y una pistola en la mano, salía con un pie de foto que explicaba que los cubanos le habían puesto el mote de «Desperado». ¿Y a eso le llaman un secuestro? Los rebeldes parecían unos héroes —los típicos revolucionarios ingenuos— a los que la revista *Life* sacaba al natural. Habría sido un verdadero escándalo sacar a un chico estadounidense que confesara estar de su parte. Y no un estadounidense cualquiera, sino el prototipo del *imperialismo*: Delmore Stites, hijo de Malcolm Stites, director de la división cubana de la United Fruit Company.

Giré el dial de la radio hasta que al fin di con la emisora Rebelde. Por lo que me pareció entender, habían cerrado la autopista al este de Camagüey, pero como tenían fama de exagerar

las noticias, no me lo creí. Al oír abrirse la puerta del salón, apagué la radio de golpe. En el umbral de la puerta había un hombre con la piel y la ropa tiznadas de negro. Parecía un deshollinador, cubierto de polvo mugriento de pies a cabeza y con el pelo medio chamuscado. Era papá. No tenía cejas ni bigote. En la mano llevaba una lata de gasolina abollada verde y blanca como las de la compañía que yo había visto en la tienda de Rudy. Tras pasarse unos segundos sin abrir la boca, papá soltó la lata de gasolina, que rebotó sobre el suelo de madera y sonó a hueco. Nunca le había visto volver de trabajar sin ir vestido de blanco impecable. Papá era la encarnación de un directivo de la United Fruit, alto e imponente con su traje perfectamente planchado. Pero ahí estaba, con los pantalones claros renegridos y sin chaqueta. Bajo las mangas remangadas de la camisa del pijama le asomaban los brazos y manos quemados, con zonas tan rojas que parecían un filete crudo.

Así de pie, junto a la lata de gasolina deforme, daba la impresión de no atreverse a sentarse en su propia casa con la ropa tan sucia y calcinada.

—He encontrado esta lata entre las cañas —murmuró.

No sabía si contestarle o no, aunque comprendí perfectamente qué me estaba diciendo: el fuego había sido provocado. Si había una persona que se tomaba en serio todo lo relacionado con las plantaciones, era mi padre. Querer destruirlas era como querer destruirlo a él. Y a todos nosotros.

—Es repugnante ver hasta dónde está dispuesta a llegar esta gente —dijo, tosiendo—. Qué hijos de puta —añadió, casi sin voz por el humo—. Malditos hijos de puta. ¿A esto lo llaman «negociar»?

Se sentó frente a mí, puso los brazos en las rodillas y apoyó la cara en la palma de las manos.

—Nos cuentan que quieren negociar, llegar a un acuerdo con nosotros. Y en cuanto nos damos la vuelta, intentan quemarnos el chiringuito.

Aunque yo no lo sabía, papá había estado mandando recados a los rebeldes de la sierra a fin de negociar con Raúl. Para entonces los directivos de la provincia de Oriente ya sabían por dónde iban los tiros y querían tender lazos a los insurgentes para procurar mantener el negocio, los acuerdos privilegiados y las ventajas fiscales, aunque los insurgentes se alzaran con el poder. Por supuesto que mi padre seguía en tratos con Batista —al fin y al cabo Batista era el presidente del país—, pero su régimen había perdido el control de la provincia de Oriente. A pesar de ser una realidad, el gobierno de La Habana, el embajador Smith y los generales de Batista se negaban a aceptarla. Ese era el motivo de que papá quisiera contactar con los revolucionarios, al mismo tiempo que intentaba recuperar a Del. Lo malo era que Del no quería volver.

—Habíamos hecho un trato —me dijo—. La cosa consistía en que si trabajábamos con ellos, nos dejaban en paz. Hasta le mandé una carta a Raúl Castro. Lo tienen por escrito. Y entonces van y nos atacan.

Mi padre jamás me había hablado de esas cosas. En casa nunca nos hablaba de su trabajo. En cuanto entraba por la puerta, se acababan esas cuestiones. Lo tenía por norma.

—Le prometí al marica de Raúl que iba a hablar con Dulles para acabar con los envíos de armas. Y cuando cumplo con lo prometido, me encuentro con una banda de indígenas bajando de los montes a incendiarnos los campos.

La zona gris marcada como «Propiedad de otros» en el mapa de papá era una plantación grande cerca de Birán, a veinticinco kilómetros de distancia hacia el sudoeste. Su propietario era don Ángel Castro, el padre de Fidel y Raúl. Por algún extraño motivo le había dado por comprar mucho terreno en esa zona. No sé cómo lo haría, cambiando las verjas de sitio, probablemente. El caso es que nos vendía la caña de sus campos, pero se negaba

a vendernos la tierra. A su familia la conocía todo el mundo. Los hijos, sobre todo Raúl y Fidel, se dejaban ver por Mayarí, en los billares y las peleas de gallos, cuando los dejaban salir de La Habana, donde iban al colegio. Luego Fidel contaría que de pequeños no los dejaban ir a Preston, que nunca los invitábamos a ninguna de nuestras fiestas ni les dejábamos usar las playas. Y eso se explicaba porque no trabajaban en la United Fruit, que contaba con muchas propiedades de acceso restringido; pero aunque hubieran sido empleados nuestros, a los cubanos no se les permitía entrar en lugares como el Club Panamericano. Y ellos tampoco habrían querido ir, aunque hubieran podido. Cada uno iba con los suyos. Los estadounidenses con los estadounidenses. Los cubanos con los cubanos. Recuerdo haber pensado que Raúl era un poco sarasa. Y la gente lo decía. Está claro a lo que me refiero. Que era *maricón*. También contaban que su madre era china, porque le veían rasgos orientales en la cara. No sé si sería un puro cotilleo o no. La madre de Fidel era la criada de su padre —Lina—, que tenía un brazo atrofiado por la polio. Cuando Del y yo nos íbamos a cazar pintadas y camaos a Birán, veíamos a don Ángel fumándose un puro en el porche de su hacienda, vestido con una guayabera. Siempre nos parábamos a saludarlo y la primera vez que nos invitó a tomar un vaso de agua no pude evitar mirar el brazo escuchimizado de Lina con la típica curiosidad de un niño pequeño. La casa era de estilo *guajiro*, montada sobre pilotes entre los que correteaban cabras y gallinas.

Meses antes de que provocaran el incendio, papá, temeroso de que estuvieran de parte de los revolucionarios, empezó a sospechar de algunos macheteros, así que le pidió al reverendo Crim que lo mantuviera informado sobre los trabajadores. Y quizá suene racista, sobre todo hoy en día, pero entonces parecía razonable suponer que un individuo de raza negra —fuera cubano, haitiano o jamaicano— pudiese ocasionar problemas. Dos meses antes del incendio uno de los macheteros fue a ver al

señor Flamm a su despacho. Quería que le descontaran una parte del sueldo en vales para comprar en el *almacén*, pero ya le habían adelantado todo el dinero que iba a ganar durante la molienda. Algunos de esos tipos eran verdaderamente insensatos: les daban vales para comprarse electrodomésticos en la tienda de la compañía y lo primero que hacían era venderlos en Mayarí por la cuarta parte de lo que valían, solo para conseguir dinero en efectivo, para ir a gastárselo en alcohol de garrafa o billetes de lotería, de manera que cuando llegaba el fin de mes ya no les quedaba sueldo que cobrar. Trabajaban como bestias para no cobrar nada, porque siempre estaban endeudados con la compañía. El caso es que aquel machetero acabó discutiendo con el contable. El señor Flamm se negó a fiarle en el *almacén*, pero cuando le intentó enseñar las cuentas para explicárselo, el tipo no quiso escuchar nada. Una lástima. No había ninguna razón para entrar en las oficinas de la compañía con un machete. El señor Flamm era un señor diminuto con gafitas de montura metálica. Ojalá alguien hubiera impedido a ese tío entrar armado con un machete. A partir de ese día Hatch prohibió la entrada a los negros. El señor Flamm se desangró allí mismo, en su despacho de contable. Aquello no fue consecuencia de una u otra política, sino la acción de un enfermo mental. Macheteros había muchos, miles de ellos, y como ya he contado, muchos ni siquiera tenían nombre. Llegaban de Kingston en barco y los metían a vivir en chozas. El que mató al señor Flamm se escapó. No sé si al final lograron dar con él.

Los jefes de la compañía que querían cortejar a las hijas del señor Bloussé vinieron a casa para hablar con él. Aparecieron con esmoquin los tres, repeinados y oliendo a tónico capilar. Solteros los tres, aburridos y tristes. Tenían un buen sueldo, cero gastos y la casa pagada. Lo malo era que no había donde ir ni nada que comprar y con las cubanas no podían salir. Al menos

no con las cubanas de clase alta y piel clara. Los cubanos no las dejaban, porque a los estadounidenses nos consideraban poco menos que perros callejeros. No teníamos la sangre adecuada. Los cubanos ricos —los dueños de las plantaciones y los políticos— mandaban a sus hijos a estudiar a París o a Madrid, es decir, a Europa, no a Estados Unidos. Querían que sus hijas se casaran con un aristócrata español, no con un paleta de Kansas. Si uno de esos tres tíos conseguía verse con una cubana, tendría que sentarse en el porche con la madre, la hermana o la abuela de la muchacha, una recia *dueña* enfundada en un chal de encaje negro que haría de carabina. En la provincia de Oriente era imposible quedar con una cubana a solas. Pero esos hombres no estaban acostumbrados a esas cosas, así que iban al grano. Papá contaba que había perdido a muchos empleados, hombres estuendos, por meterse en líos con cubanas. Mi padre daba importancia a esas cosas. Por mucho que los estadounidenses fuésemos propietarios de todas las tierras, al que le tocaba lidiar con los cubanos era a papá, que tenía que llevarse bien con Batista y con la Guardia Rural, una especie de tropa de factótums latinos, y siempre era mejor echar a alguien que ofender a un lugareño. Por eso mi padre siempre metía a asistentas jamaicanas gordas y viejas en casa de los empleados solteros. Cuanto más joven fuese el hombre, más gorda, vieja y fea era la asistente. De criadas jóvenes y guapas ni hablar. En cuanto a sí mismo, siempre tuvo un hombre como secretario. Al trabajar hasta las tantas, no quería una secretaria que tuviera que irse a preparar la cena a su familia.

En cuanto al señor Bloussé, cuando volvió a Preston se trajo a su esposa y sus tres hijas. Vivían en el hotel de la compañía, situado junto al muelle. Igual que le pasa a la ciudad entera, el edificio del hotel estará hecho un desastre. He visto fotos y es tremendo lo descuidado que tienen todo. Hay diez familias api-

ñadas en cada casa, todas sin pintar ni arreglar. El hotel era muy elegante, con paredes de color rojo oscuro y muebles de caoba. Después de subir sus cosas a la habitación, el señor Bloussé vino a cenar a casa, con su esposa y sus hijas. Cuando llegaron, mi madre abrió tanto la boca que parecía que se le iba a desencajar. La esposa del señor Bloussé era haitiana, es decir, que era una negra muy negra y las hijas también. Tan negras que Annie no quería servirles. Creo que le parecía un insulto tener que servir a negras, tan negras, además. Esas cosas tienen sus propios códigos. Aquellos tres solteros repeinados que atufaban a Vitalis para impresionar al señor Bloussé debieron de enterarse inmediatamente y ninguno se dignó conocer siquiera a las muchachas. El cortejo se dio por acabado. Y después ellos tres terminaron haciendo bromas y llamaban al señor Bloussé negrófilo y tiburón blanco, pero a papá nunca le oí hablar del tema. La mezcla de razas no le parecía bien. A veces los cubanos sí lo hacían, salían con una negra y la llamaban *mi negrita*. Y los chinos se casaban con cubanas porque no les quedaba más remedio: no había mujeres chinas. Y por esa razón se acusaba a los chinos de ser homosexuales. Y a Raúl Castro le llamaban sarasa por parecer medio chino. Nosotros en casa teníamos dos chinos, uno para cuidar el huerto y otro para cuidar las flores del jardín. Papá tenía una aldea entera de chinos, encargados de las centrifugadoras del molino, en cuya sala de máquinas hacía más calor que en el Hades. Las centrifugadoras removían el azúcar hirviendo, haciendo subir las últimas impurezas a la superficie burbujeante y machacando los trozos de caña cristalizada. Los trabajadores chinos llevaban unos pantaloncillos cortos que parecían bañadores Speedo. Aquel trabajo era tan sofocante que los cubanos se negaban a hacerlo. A cada chino le daban una taza de sal y un cubo de agua. Y llevaban aquellos Speedo diminutos porque en la sala hacía unos sesenta grados centígrados. Todos sudaban, sudaban y sudaban sin parar.

—Ya ves que estoy haciendo todo lo que puedo para blan-

quear la población —dijo el señor Bloussé a mi padre esa noche, alzando una mano en dirección a su esposa e hijas sentadas en torno a la mesa.

Durante la cena nuestro invitado nos contó una historia sobre un barco en el que había una plaga de oftalmia: habiendo sido contagiada toda la tripulación, incluidos el capitán y el timonel, se quedaron todos ciegos y chocaron contra otro buque. Cuando acabó, papá soltó una carcajada y pareció relajarse, como si apreciase al señor Bloussé tanto como lo había apreciado antes de saber que tenía una familia negra. A mí, aún era pequeño, me costó entender por qué mi padre parecía de pronto encantado con algo que hasta entonces había desaprobado. Decidí que tendría que ver con el hecho de que el señor Bloussé fuese un francés tan exótico y elegante. Y pensé que quizá a los muy ricos no se les aplicasen las mismas normas que a los demás. Esa noche mis padres ni siquiera me dejaron abrazar a Annie como siempre. Madre era una mujer bastante liberal, pero tampoco demasiado: decía que se me pegaba el olor de Annie y me olisqueaba para comprobarlo. Y era cierto que Annie tenía un olor especial, como a almizcle. A mí me encantaba. Me parece estar oliéndolo en este mismo instante. De pequeño la dejaba abrazarme cuando no nos veía nadie. Siempre me daba unos abrazos tremendos. Al enterrar la cara en su delantal, aunque apenas podía respirar, me invadía una maravillosa sensación de seguridad. Me llamaba *muñequito* y ahora que lo pienso no sé si tenía hijos propios. Quizá sí, pero creo que estaban en Mayarí y Annie vivía en casa. Una vez, aquí, en Tampa, me tocó un taxista negro caribeño y su coche olía igual que Annie.

Como no teníamos agua para apagar el incendio, papá dijo que íbamos a tener que esperar a que se extinguiera solo. Entretanto los hombres seguían abriéndose camino con los machetes, echando líquido antiincendios en el camino de acceso a los ca-

ñaverales y abriendo cortafuegos, mientras los demás procurábamos no perder el ánimo. Sobre las cinco de la tarde apareció Rudy Allain en casa. Negro de pies a cabeza, manchado del hollín de las cañas quemadas. Al verlo pensé que era la primera vez que entraba en casa, nunca había venido como invitado. Como ya he dicho, en Preston había una clara jerarquía que marcaba quién debía dar cuentas a quién. Y mi padre no era su superior inmediato, Rudy estaba un par de puestos más abajo en la cadena. Socialmente Rudy y su hermano Hatch eran distintos de nosotros, por así decirlo. Ellos eran unos hombretones de Luisiana que sabían manejar a los macheteros. No vivían en La Avenida. Papá los había metido en dos casas de ladrillo junto al molino.

Mi padre y Rudy se fueron a hablar a la cocina. Rudy le contó que los rebeldes habían vaciado los depósitos de gasolina y que no habían dejado ni gota. Los rebeldes habían actuado de noche, antes de incendiar los campos. Y añadió que quien lo hubiera hecho debía de tener las llaves del almacén. Y las llaves de los tanques de gasolina. Y que para cortar el agua había que saber dónde estaban las llaves de paso del sistema de riego. Según Rudy, quizá contaran con un compinche dentro de la compañía. Quizá fuera un estadounidense, decía, volviendo a recordar que quien fuera tendría las llaves. Hilton guardaba todas las llaves de la compañía colgadas de unos ganchos en el garaje, con una etiqueta para cada juego. Recuerdo haber oído a Hilton decir a papá que necesitaba los originales para sacar copias, porque faltaban algunas de las llaves. Y aquello había ocurrido justo después de desaparecer Del.

Papá se levantó de la mesa.

—Maldita sea, Rudy —dijo—. Mi hijo se ha esfumado y probablemente haya sido secuestrado por esos chalados. Vete a saber si lo tienen atado a un árbol comiendo corteza. ¿Y me estás contando que ha venido a calcinar la ciudad donde nació? ¿Donde nacieron mis dos hijos?

- No he dicho que el incendio lo provocara él, señor Stites...  
—Entonces ¿qué demonios me estás diciendo?  
—Nada, señor. Siento que le haya parecido que yo insinuara algo así... Espero que el chico esté bien, eso sí.

Mi padre sabía perfectamente que Del estaba bien. Para empezar, no lo habían raptado. Se había ido porque le había dado la gana. No estaba de nuestra parte.

El incendio duró hasta bien entrada la noche. Desde las ventanas de arriba se veía un resplandor rojo que iluminaba el humo desde atrás. Los rebeldes nos habían bloqueado las líneas de tren y la carretera a Preston. Mi padre estaba llamando al embajador Smith para que le enviara ayuda desde Guantánamo. Quizá pudieran mandarnos un barco antiincendios, uno de esos cacharros que sacan agua del mar. Pero entonces hubo que desconectar todos los transformadores de la ciudad para evitar un cortocircuito, así que nos quedamos sin teléfono. Madre, papá y yo nos sentamos en el salón con unos quinqués. Quien sabía reaccionar en circunstancias difíciles era ella y para tenerme distraído me propuso jugar a la *canasta*. ¿Qué otra cosa podríamos haber hecho? Se trata de un juego bastante relajante. Batista era un obseso de la *canasta*, tanto que hay quienes aseguran que por eso perdió el poder. Mientras los insurgentes se alzaban él se dedicaba a jugar a la *canasta* en el palacio presidencial, con sus acólitos soplándole las cartas de sus contrincantes por señas. Annie nos preparó unos sándwiches fríos y nos los fuimos comiendo mientras jugábamos. Entretanto mi padre se dedicaba a pasear y a echar pestes del embajador Smith. Desde hacía tiempo no dejaba de avisarlo de que se iba a armar la de Dios, decía, pero el otro estaba empeñado en que Fidel solo era un rufián escondido en los montes. El embajador no tenía la menor idea de lo que estaba pasando en Oriente. La última vez que estuvo en Santiago lo recibieron con el mismo fervor que los venezolanos

a Nixon unos meses después del incendio, en mayo de 1958, es decir, con piedras silbando por los aires. Cuando Smith llegó a Santiago, la Guardia Rural ya llevaba tiempo dando avisos a los rebeldes. Habían matado a varios estudiantes y la población estaba asustada. Esa fue su última visita. Creo que prefería el Club Náutico de La Habana.

Aquel día, Rudy volvió de nuevo a nuestra casa ya entrada la noche para decirle a papá que en Preston la única agua potable que había era la lluvia acumulada en los depósitos de melaza.

La compañía nunca tuvo negocios en Haití. Papá decía que no había un clima político adecuado para hacer negocios. En Cuba, los estadounidenses teníamos una serie de acuerdos con Batista (cuotas anuales a cambio de suprimir impuestos y tarifas) que nos libraban del engorro que suponían los sindicatos y las regulaciones laborales. Por eso podíamos exportar azúcar moreno sin que nadie dijera ni mu. Nuestro azúcar lo enviábamos a procesar a Boston, a la refinería Revere. Batista venía mucho a casa. Con papá se llevaba bien. No es que fueran amigos, pero habían llegado a un entendimiento.

Ya se sabe que en Haití triunfó la revolución de los esclavos. Cien años antes de que se aboliera la esclavitud en Cuba, los jefes del cotarro haitiano eran los esclavos, pero en vez de constituir un gobierno democrático normal, a esos tíos se les fue la chaveta y se convirtieron en unos déspotas enloquecidos tocados con coronas cubiertas de joyas y lanzas ensartadas con cabezas de niños blancos. ¿Qué se puede esperar de una revolución que empezó con unos tambores africanos y unos esclavos haciendo vudú? Un caos sanguinario, eso. Esclavos liberados corriendo por ahí con una casaca militar cubierta de medallas y charreteras doradas, pero desnudos de cintura para abajo. Se concedían unos títulos ridículos: Caballero, Virrey, Generalísimo. Suena a pesadilla delirante. Los terratenientes franceses revolcándose en

la mugre de sus fincas destruidas, tumbados bajo los grifos abiertos de sus bodegas de vino, bebiendo hasta enfermar. Yo creo que estaban encantados de no tener nada ni mandar sobre nadie. Mansiones calcinadas, cosechas abrasadas. Los esclavos haitianos lo quemaban todo. Sin duda alguna la esclavitud es horripilante y, como ya he dicho, cortar caña es un trabajo absolutamente brutal, pero además los esclavos haitianos habían sido maltratados. Esa es la diferencia. En algunas de las plantaciones los dueños les hacían ponerse una máscara de estaño para que no se comieran la caña. ¿Cómo se puede hacer algo así? Nosotros los dejábamos tomar azúcar. Tampoco es que lo fomentáramos, pero nadie tenía que llevar máscara. Estoy seguro de que las máscaras costaron más que las ramas de caña que se hubieran podido perder.

Esa noche Preston estaba sumido en un tenebroso silencio. No pasaba ni un solo tren. Normalmente se oían desde casa, traqueteando, durante toda la noche. Tumbado en mi cama me quedaba escuchando ese largo pitido agonizante, imaginando la luz amarilla del tren penetrando la neblina nocturna que venía de la bahía y se quedaba suspendida sobre nuestros campos como un fantasmagórico lago blanco. Al distinguir un pitido de otro me decía a mí mismo: ese es el número 32. El 41. El 21, el 28. Cada uno de ellos correspondía a alguna de las locomotoras que conocía desde mi niñez. Siendo muy pequeño, alguna noche Annie se tumbaba a mi lado. Si mis padres se habían ido a algún cóctel o me entraba miedo y no quería estar solo, ella venía a oír los trenes conmigo. Los pitidos de locomotora eran como voces, porque no había dos iguales.

Quizá deberíamos habérselo imaginado, pero a veces se tarda en unir las piezas. Y cuesta hacerlo si lo que está ocurriendo te

afecta. Una semana antes del incendio los rebeldes bloquearon la autopista principal situada al este de Las Tunas y eso suponía hacerse con el control de la provincia de Oriente, donde los estadounidenses contaban con muchas propiedades. Nuestras y del gobierno estadounidense, que dirigía la mina de níquel de Nicaro. Los cubanos habían declarado a Batista persona *non grata* y nosotros estábamos en medio del lío. Como Fidel y Raúl eran originarios de la región, creo que papá tenía la esperanza de poder razonar con ellos, pero tras el embargo comercial impuesto a las ventas de armamento de Estados Unidos a Cuba desde marzo de 1957, Batista empezó a presionar a mi padre para que convenciera a John Foster Dulles —amigo de papá, accionista de la compañía y hermano de uno de los miembros del consejo ejecutivo— y buscara algún resquicio legal que permitiera comprar unos bombarderos. Así que mi padre habló con el señor Dulles y tramaron un plan bastante descabellado: el señor Dulles diría en el Congreso que los cubanos habían recibido un envío equivocado —antes del embargo— y que la segunda remesa había sido enviada para cumplir con un acuerdo comercial previo. Así fue como Batista consiguió los bombarderos B-26 que quería. Eso ocurrió en otoño de 1957. En Navidad de ese mismo año desapareció Del. Casi un mes después, en enero de 1958, nos incendiaron los cañaverales. Batista había usado sus aviones estadounidenses para bombardear a los insurgentes, cosa que les indignó. Por eso nos atacaron, por lo de los aviones estadounidenses. El acuerdo de papá con Batista impedía que tuviera un acuerdo paralelo con los rebeldes. La mayoría de los hombres que provocaron los incendios habían trabajado en la United Fruit. Al fin y al cabo, éramos la mayor compañía de toda la zona. Lo peor del asunto era que el hijo mayor de mi padre estuviera escondido en las montañas que Batista estaba bombardeando precisamente con los aviones que él mismo le había facilitado.

Pero nosotros ya habíamos pasado por algo parecido. En 1933, antes de que yo naciera, una revolución había derrocado a Machado. En esa época mis padres vivían en Guaro, a unos kilómetros de Preston, hacia el interior. Papá era por entonces supervisor agrícola de la compañía, que le dio una casa en pleno campo, a orillas del río Guaro. Cuando las balas empezaron a romper los cristales de las ventanas, mis padres se escondieron detrás de una mesa. Se trataba de una mesa buena, según mamá, doce centímetros de caoba sólida. De no haber sido por esa mesa, decía, estarían muertos. Los asesinos estaban al otro lado de la puerta. Entonces el gobierno estadounidense envió unas lanchas militares a la bahía de Nipe para proteger a sus ciudadanos. Escondidos detrás de aquella mesa, mis padres esperaron el sonido de un cohete, la señal de que podían ir a las lanchas, pero no sonó nada. Sumner Welles, el embajador estadounidense de aquellos tiempos, le sugirió al presidente Machado que se marchara de la isla e inmediatamente los rebeldes abandonaron el ataque. Según mi madre fue increíble. Así, como si nada, el embajador estadounidense chasquea los dedos y se hace el silencio.

Meses antes del incendio mi padre había empezado a mandar nuestros muebles de caoba a Estados Unidos, por barco y de uno en uno, pero a mí no se me ocurrió preguntarle por qué. Conviene tener en cuenta que nací en Preston en el hospital de la compañía y que nunca había salido de las propiedades de la United Fruit en la provincia de Oriente. Para un niño pequeño como yo, el mundo entero era ese. Y no iba a renunciar a él así como así.